FIN DEL MUNDO

Alma Columba

Alma Columba

Cuando todos hablan del fin del mundo nadie sabe a qué se refieren. Buscamos un resguardo, entonces se nos olvida que es ¡el fin del mundo!, no sólo de un fragmento. A los de América les prometen seguridad en el continente antiguo; a los europeos, de éste lado, en tierra nueva. La verdad es que para todos es una falacia, ¡se nos va a derrumbar el mundo!

En la televisión dieron la alerta. La erupción del volcán marcó el principio, en el norte la guerra, el sur se estaba hundiendo, en oriente llovieron peces después del maremoto. La alarma puso a todos de cabeza: muchos abandonaron sus casas con la incipiente certeza de que en los albergues subterráneos sería más liviano el dolor, como si se tratara de un terremoto. Imaginé que -de romperse- la tierra estallaría desde dentro, ocultarse en sus entrañas no resultaría favorable. Los días siguientes registraron síntomas de desesperación: saqueo de tiendas, como si aún tuviéramos tiempo para aprovechar lo que adquiriéramos; yo me llevé del supermercado dos cajas con cigarros y un paquete de chocolates, cerveza ya no había, cambio de hábitos pero nunca me despojo de las cosas habituales. Extraños que somos...

Cuando fui a buscar a Carlos lo encontré tranquilo, tenía frente a él todos sus queridos libros y así iba a quedarse: leyendo. El hombre parecía en serio disfrutar del fin. No se movió salvo para tirar la ceniza del cigarro que dejaba consumir y dar vuelta a las páginas del libro. Estaba absorto leyendo acerca de una raza de bronce, guerreros virtuosos con su afán de vida; gente hábil de lengua fácil y golpe certero e ideas precisas. Carlos no quería evadir nada, ni se dio cuenta del polvo que la cayó en los hombros, ni la luz que se apagó de golpe, ni el silencio, porque en la cabeza tenía la voz de los ancestros.

Cada vez que descubro que estoy en el mismo punto sin rumbo me da rabia y pena, también me da mucha tristeza. Pienso en salir, pero no imagino cómo puedo lograrlo. De cualquier manera me quiero ir, aunque sea por un rato. Podría habitar otros espacios, pero no puedo buscar en la lectura la promesa de una nueva vida porque ahora tengo frente a mí las paredes quebrándose. Pienso que debemos escapar y hundirnos en las calles para sentir, al menos, que morimos en libertad, Carlos –en cambio– desea caer con las paredes que decoró, con cuadros y sus sueños.

De la comida quedan sólo las migajas, pedazos de pan con mermelada que ya no saborearé jamás, todo se extraña cuando aún se está viendo, una vez perdido no puede dolernos tanto, es sólo la rabia. Carlos necio. Por un momento imagino que es inútil moverse y se me antoja quedarme como él: leyendo, pero ya no puede ser. Comienzo a golpearlo "¡mira Carlos que todo esto se va a perder!", sé de la pena que siente por mí cuando me mira.

No puedo recordar cuántas veces se lo dije antes de sentir el vacío. Fue un instante en que la tierra se detuvo completamente, no sopló el viento ni se